





cidos como tzompantlis, en otras como el entierro 14 de Tlatelolco se depositaron en un solo momento los huesos descarnados de 150 hombres, mujeres y niños. Tuvimos la fortuna de estar presentes en la sustentación pública de estos datos en junio de 1997 que sirvieron para obtener su grado doctoral. Uno de los jurados insolentemente se atrevió a cuestionar la más contundente de las suposiciones de este trabajo ¿qué se hizo con más de media tonelada de carne humana? La respuesta del nervioso y molesto dr. en arqueología fue «quizá la enterraron o la quemaron». Desde la última fila del pequeño y oscuro salón de la división de postgrado de la Facultad de Filosofía y Letras, agitamos negativamente nuestras cabezas, pensando cómo mostrar con un montón de huesos viejos y rotos a toda una generación de ancianos cautivados con los logros de los antiguos pobladores de Mesoamérica, que en nuestro territorio se mataron seres humanos, se descuartizaron, se procesaron los despojos en complejos rituales, se cocinaron, se comieron y sus huesos fueron utilizados como herramientas y ornatos y que todo ello obedecía a causas materiales y no necesariamente celestiales.

A principios de ese mismo año comenzamos, con la pequeña ayuda de algunos amigos, un programa de investigación que contemplara al sacrificio humano en México como un proceso de aprovechamiento, empléese alternativamente el calificativo ritual o no, del cuerpo humano. Por las fuentes históricas, los materiales arqueológicos como la escultura, la cerámica policroma y los restos óseos, sabíamos que los subproductos del cadáver sangre, piel y algunos órganos se empleaban en diversos contextos culturales. Investigaciones hechas por los que escriben y algunos otros, habían reportado la existencia de herramientas y ornatos fabricados con huesos humanos. Los instrumentos de trabajo incluyen bruñidores para piel, alisadores y bruñidores para cerámica, plegaderas para el trabajo de la pluma, agujas para piel, tela y fibras, instrumentos para el telar de cintura, punzones para sacrificio y auto sacrificio; los ornatos van desde cuentas de collar, pendientes, hasta cartuchos de escritura glífica así como instrumen-

tos musicales. Por los restos de desecho de trabajo teníamos una hipótesis de como se habían fabricado.

Posteriormente, en marzo de ese mismo año, con raquíticos fondos y con la incredulidad de la mayoría de nuestros colegas y profesores, comenzamos una serie de experimentos con huesos humanos actuales (donados por el Departamento de Anatomía de la Facultad de Medicina de la UNAM), para saber si las técnicas que suponíamos se habían utilizado para manufacturar artefactos de hueso eran correctas.

Aplicamos técnicas de corte por desgaste y flexión, corte por percusión sobre huesos frescos y secos, antiguos, erosionados, etc., ya que se ponía en duda que la manufactura de herramientas de hueso humano formara parte del aprovechamiento del cuerpo del sacrificado y que su obtención era a partir de la reinhumación de los huesos de los muertos por causas naturales. La tafonomía, subdisciplina de la paleontología, cuyo objetivo es determinar la fuente de las diferentes marcas que sobre un depósito fósil dejó el proceso biogeoquímico después que un vertebrado murió, nos ayudó a concluir que para la fabricación de cualquier objeto era necesario hueso fresco ya que al sepultarse el cuerpo empieza a ser atacado por diversos agentes tanatológicos como insectos, roedores y raíces que afectan al hueso. Al mismo tiempo pierde agua, lo que altera sus propiedades elásticas convirtiéndose en un material quebradizo y deleznable.

Una alternativa viable sería despojar de las masas musculares el cuerpo de una persona muerta como parte de un ritual funerario y utilizar sus huesos. Esto sería una forma pacífica y menos dramática de obtener materia prima para los artesanos. Para conservar por un tiempo la humedad se pudieron haber sumergido en agua y almacenarlos en un lugar fresco a la sombra. Cuando era requerido, el hueso se segmentaban mediante aserrado; dado que la herramienta era de piedra, se necesitaba practicar por lo menos tres cortes y girar alternativamente la pieza, por último se rompía por flexión. La zona por donde se iba a sostener y el borde de trabajo se rebajaban con una roca abrasiva hidratada y mojado el hueso se le daba forma aguzada, roma o plana dependiendo de la función que cumpliría. En el caso de ornatos, las piezas eran grabadas, caladas y perforadas con paneles de escenas religiosas, dinásticas y políticas. Hasta ahora sólo hemos experimentado con el primer paso del proceso de manufactura de ornatos y con una sola de las técnicas: el grabado por desgaste con una cuerda de fibra vegetal. Falta mucho por hacer, y nosotros sólo hemos comenzado.

Al saber que este tipo de investigación no es vista con muy buenos ojos por el *establishment* académico y político, decidimos imitar a Sócrates, aunque seguramente beberemos la cicuta de la exclusión, la mofa, el rechazo y el bloqueo presupuestal que es la muerte actual dictada para los jóvenes investigadores. Paralelamente al trabajo experimental, comenzamos a impartir un taller de investigación formativa con alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Nuestra sorpresa fue enorme cuando el primer día de clases nos encontramos con un salón lleno de entusiastas estudiantes que decidieron participar activamente en esta quijotesca empresa. Fruto de su trabajo voluntario se pre-

sentaron los resultados preliminares al final de 1997 en un Congreso de Antropología en la Ciudad de Querétaro.

En 1998 realizamos un viaje mágico y misterioso por diversos Centros-INAH de la República, en pos de más colecciones óseas que presentaran este tratamiento cultural. El objetivo era realizar comparaciones sobre las tradiciones tecnológicas y conocer la distribución temporal y geográfica del aprovechamiento del cuerpo humano en el México prehispánico. Fuimos bien recibidos en Cacaxtla, Tlax. Monte Albán. Oax. Comalcalco, Tab. y el Estado de México. Asimismo, en varias colecciones depositadas en la DAF, encontramos más ejemplos de desechos de manufactura, herramientas y ornatos fabricados con hueso humano. Así fue factible determinar que la práctica del aprovechamiento humano comienza desde el año 1200 a. C., siendo los Olmecas los primeros en realizar estos sanguinarios rituales; la cultura de los cilindros en el noreste de Guerrero en el año 200 a. C.; los Teotihuacanos durante el 300 d. C.; los habitantes de Monte Albán para el 700 d.C.; los Mayas de Comalcalco para el 800 d. C.; en la misma fecha los pobladores de Cacaxtla, para el 900 d. C. en la ciudad de Cantona, y la cultura Mexica para el 1500 d. C.

Los hallazgos se ubican en importantes centros ceremoniales del Altiplano Central Mexicano y las Tierras Bajas de la Costa del Golfo. Por desgracia no tenemos información sobre el norte de México, no porque no exista esta práctica, sino que por recortes presupuestales no se ha estudiado esta región.

Aunque todavía falta mucho por hacer en este campo, estos son los primeros pasos para comprender y reaprender los procesos de aprovechamiento del cuerpo humano como fuente que proporcionaba los elementos para llevar a cabo desde el sacrificio con fines propiciatorios, hasta de índole práctico, usados en la manufactura de ornamentos y herramientas para el desarrollo de la vida cotidiana, realizados por los antiguos pobladores del territorio mexicano.

